

EL DEMONIO DEL MEDIODÍA



A Si llaman los franceses al estado peculiar que suele experimentar el hombre o la mujer que ronda la cincuentena. El espíritu melancólico juzga pasada la edad de las ilusiones, a veces incluso la de las realizaciones. Todo está hecho, nada empieza. Y al volver la mirada atrás se encuentran más motivos de desengaño que de satisfacción. No se ha llegado donde se anhelaba. La vida profesional no ha brindado el éxito que al principio parecía tan fácil, y el sentimental, aun cuando se iniciara bajo el signo del amor más exaltado, ha entrado en la rutina, en una monotonía gris que ya no sirve de acicate.

Es este demonio del mediodía el que susurra al oído: «Ya no te queda mucho por vivir. Aprovecha el tiempo que te resta sin tener en cuenta convenciones ni prejuicios. No mires a tu alrededor. No pienses en los otros. Piensa en ti, en las alegrías que aún puedes proporcionarte, en las ilusiones nuevas que aún están a tu alcance... Pero date prisa... date prisa...».

Es difícil resistir a la tentación. Y el hombre empieza a hacer flexiones como un forzado para recobrar su agilidad de hace veinte años y la mujer se precipita a un instituto de belleza en busca de ese tratamiento mágico que borrarán sus arrugas en un santiamén.

Victiminas unos y otras de la angustia que empujó a pactar al doctor Fausto, pactarían con quien fuese, en las condiciones que fuese, con tal de echar marcha atrás y de tener, un día siquiera, la piel lisa, la silueta ligera, la mente despreocupada y el corazón intacto que tenían cuando empezaban a vivir.

Pero si el demonio de Goethe era capaz de tentar y, al mismo tiempo, de ofrecer compensaciones, este diablo vulgarito que sigue embrollando el mundo se contenta sólo con lo primero. Siembra esperanzas falsas, sugiere éxtasis maravillosos, fascina, desequilibra y luego se marcha, burlón y tacaño, sin dar nada a cambio de la candida fe con que se le escuchó.

Las arrugas siguen en su sitio y las preocupaciones en el suyo. Los cincuenta años vuídos están ahí, con sus consecuencias —agradables o no—, tangibles, verdaderas.

No importa. Si el demonio llega en el momento psicológico oportuno, en esa hora del mediodía a menudo triste o vacío, es capaz de engañar al más avisado. Es su voz, no la del espejo, la que tiene razón. «Aún eres joven y guapa. Nadie te daría la edad que tienes. Ponte ese vestido claro, pintale más... No, un poco más todavía. Y no hagas caso si te dicen que ese sombrero es demasiado llamativo para ti. ¿No has visto cómo te ha mirado el muchacho que vive junto a tu casa? Como se mira a una chica atractiva... Tal vez el amor esté cerca...».

«¿Y a ti quién te ha dicho que eres demasiado maduro para interesar a esa jovencita que trabaja en tu oficina? ¿No te has fijado en la atención con que te escucha cuando dices algo? Se siente atraída por tu experiencia, por tu personalidad, por tus sienes plateadas... Tú eres «alguien», no uno de esos niños que sólo pueden invitarla a un cine de barrio. Anda... ábrete...».

Y se atreven. Y a veces con éxito. ¿Por qué no? El diablo, no por falso, sabe menos lo que dice. Es verdad que la palabra fácil y unas canas bien colocadas pueden causar un impacto en el corazón de una chica. Es verdad que el plomo de una mujer madura puede seducir al muchacho todavía inseguro de sí mismo. Pero lo que no suele ser claro es que esos «éxitos» signifiquen la felicidad de quien los obtiene, ni mucho menos su paz. Una nueva época de angustia empieza para él. Ya no es el vacío, pero son los celos, la impresión de que todo hombre o mujer joven que se acerca es un posible rival. Y el otoño que empieza una «nueva vida» se siente cercado por una multitud de peligros contra los que no puede luchar como cuando tenía veinte años. La arruga se convierte entonces en obsesión, dos kilos de más en castigo, el fracaso en desastre irremediable. Es imprescindible conservar el buen aspecto y la posición no ya, como antes, por pura satisfacción personal, sino porque todo eso forma parte del precio que debe pagar por lo que acaba de obtener.

El desengaño final llega casi siempre. Las excepciones son pocas cuando se trata de ir contra el ritmo lógico de la existencia. Es difícil que se encuentren dos seres tan fuera de serie —Dieraeli, mucho más joven que su mujer; Charles Chaplin, mucho mayor que la suya— como para ser capaces de comprenderse y hacerse felices mutuamente si existe entre ellos una diferencia de edad muy marcada. Porque no son los años los que alejan. Es la consecuente diferencia de aptitudes, de puntos de vista, de sensibilidad.

Pero aun así no sería generoso negar el intento a los que han llegado solos al mediodía de su vida. Lo tremendo, lo irremediable, se produce cuando el diablillo de marras se divierte hablando de la misma forma a quien tiene una familia, unos hijos. Es en estos casos cuando más importa tenerlo a raya. Porque lo que entonces se destruye en un momento de locura, aunque sea pasajera, es difícil o imposible de recomponer. El error cometido a los veinte años siempre es subsanable y casi necesario. Es una prueba, una lección que debe dejar su enseñanza para la vida que empieza. A los cincuenta ya es lógico haber aprendido. Saber que la vida no es sólo de uno, sino de quienes la han compartido; de quienes esperan, con todo derecho, apoyo, ejemplo, seguridad.

Es posible que el hijo ya adulto comprenda y sea indulgente con respecto al padre o la madre que ha desertado de sus deberes; pero para el niño, para el adolescente, no hay más explicación en su conducta que una falta de amor, una traición.

Cerrar los ojos a la realidad, correr tras una ilusión tardía, es tan ilógico como sembrar en agosto o esperar frutos en tiempo de nieves. Las estaciones de la vida, como las de la naturaleza, marcan tareas distintas. Y esa cincuentena que aprovecha el diablo para hacer de las suyas, no ha de significar irremediablemente el fin del amor. Porque si puede ser ya tarde para despertarlo, no lo será nunca para algo infinitamente más hermoso: para ofrecerlo.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO

queña casa al borde del mar, en la costa al norte de Copenhague, a pocos metros de su domicilio, y allí pasa sus horas experimentando con formas y materiales que se adaptan lo mejor posible a las exigencias de nuestros tiempos. Su lema es que todo lo que está a su alrededor debe ser, además de decorativo, práctico. Y hay una frase que le gusta repetir: «Si hoy un artista no es apreciado, la culpa es únicamente suya, por dedicarse a crear cosas que nadie necesita...».

Para él es más importante el efecto del conjunto que el detalle. Sus colaboradores son herreros y sus herramientas más importantes, soldadores y llaves inglesas. Dirige personalmente todos los trabajos y estudia el proceso de la decoración de principio a fin, ocupándose desde la impresión y dibujo de las telas hasta los pequeños objetos que completan los interiores. Tiene como norma el utilizar materiales sencillos y no excesivamente caros, y en el terreno de las líneas ha rechazado casi por completo las curvas, para jugar solamente con la horizontal y la vertical. Aspira, a través de estas concepciones, a que sus trabajos contribuyan a crear un clima de tranquilidad y amplitud.

Así, gracias al trabajo de este hombre y de otros como él, se está produciendo una revolución en el mundo del mueble, que lleva camino de arrastrar tras ella todo lo que hasta ahora se había considerado imprescindible a efectos de decoración. Se hacen viejos los muebles llenos de recovecos, de filigranas, de adornos, y se sustituyen por estos de línea sencilla, que cumplen su misión en el mínimo espacio, que dejan libre muros y ventanales y permiten que las faenas domésticas puedan ser realizadas en un tiempo record. Johansson define su estética, basada en estos principios, en los siguientes términos: «Según mi opinión, los muebles no deben tener elementos decorativos superfluos. Los muebles son solamente unos elementos que sirven de fondo a la actividad humana. Por lo tanto, no deben ser nunca una obra de arte...».

(Fotos EUROFOTO)